

## LAS NOVELAS BIBLICAS DE THOMAS MANN

POR

M.<sup>a</sup> ENCARNACIÓN VARELA MORENO

**N**O es difícil comprobar que el tema bíblico aparece más o menos explícito en figuras muy representativas de la literatura universal, como Milton, Flaubert, André Gide o Pär Lagerkvist, tratado desde los más diversos aspectos: histórico, humorístico, poético, religioso, moralista, etc.

Una de las formas más aptas para la introducción de episodios bíblicos es, sin duda alguna, la novela. En ella el autor expresa distintas experiencias o actitudes: religiosa <sup>1</sup>, denuncia de índole moral <sup>2</sup>, crítico-humorística <sup>3</sup>, o sencillamente intenta describir hechos que en la Biblia se presentan como históricos <sup>4</sup>.

La novelística del siglo XX cuenta con una figura de gran talla humana y literaria, el judío alemán Thomas Mann, cuya obra refleja, de un modo a veces complejo, una serie de vivencias políticas, sociales y religiosas que tienen quizá su raíz en el pensamiento bíblico, o al menos, encuentran en él su modo de expresión.

<sup>1</sup> Pär Lagerkvist: *Barrabás*.

<sup>2</sup> Kämil Husayn: *La Ciudad Inicua*.

<sup>3</sup> Jean Effel: *La novela de Adán y Eva*; Isaac Rosenfeld: *El Rey Salomón*.

<sup>4</sup> Frank G. Slaughter: *David, Jezabel, La canción de Rut*, etc.

*Thomas Mann y su obra literaria*

La personalidad literaria, filosófica y humana del autor alemán hacen de él una figura de extraordinario interés desde cualquier punto de vista que se le considere. El estructuralista Georg Lukács lo define en estos términos:

“Thomas Mann es un realista de rara fidelidad a la realidad, devoto, incluso, de la realidad. Si bien sus detalles, y aún más sus fábulas, sus concepciones ideales, de ninguna manera quedan en la superficie de la vida cotidiana, si bien su depurado estilo resulta más que lejano de cualquier naturalismo, el contenido de su creación jamás va en él más allá de la realidad misma”<sup>5</sup>.

El testimonio más que acreditado de Lukács muestra hasta qué punto la obra de Thomas Mann merece ser tomada en serio. Por otra parte, como afirma Hans Mayer<sup>6</sup>, Mann supone en la literatura alemana un punto crítico como lo pudieron suponer Proust, James Joyce o Martin du Gard en sus respectivos países. El mismo consideró su obra como el remate y última manifestación de la literatura burguesa en Alemania, y por tanto de ningún modo se autojuzgó como un genio individual e independiente.

Thomas Mann nació en Lübeck en 1875; en 1929 se le concede el Premio Nobel de Literatura, y en 1939, por su oposición al régimen nazi, se ve obligado a emigrar a EE. UU., donde vivirá hasta su muerte en 1955.

En el universo de Thomas Mann juega un importante papel Sigmund Freud, cuyas teorías acoge a lo largo de su extensa obra. Otra de sus principales fuentes ideológicas fue Nietzsche, quien le hace descubrir el concepto de *decadencia* tan patente en sus novelas. Aunque sin matizar mucho esta afirmación, podríamos decir con L. Leibrich, que si Nietzsche es el teórico de la decadencia, Thomas Mann es el novelista del espíri-

<sup>5</sup> LUCKAS, Georg: *Thomas Mann*, ed. Grijalbo, Barcelona 1969, p. 13.

<sup>6</sup> MAYER, Hans: *La Literatura Alemana desde Thomas Mann*, Alianza Editorial, Madrid 1970, p. 24.

tu de Nietzsche, sobre todo en sus primeros años de entusiasmo por el filósofo<sup>7</sup>.

El mundo narrativo de Mann se nos presenta en múltiples facetas espacio temporales. El novelista describe, no sólo la sociedad alemana contemporánea, sino también las distintas sociedades lejanas o antiguas<sup>8</sup>, e intenta comprender la estructura del ser humano y sus reacciones a través de los más variados tiempos y lugares, es decir, pretende buscar las líneas clave sobre las que construirá todo su humanismo.

El desarrollo intelectual del autor, a la vez que su maduración espiritual, establecerá una relación estrecha entre las obras y la vida. Por su relación profunda con los problemas y con las exigencias vitales del hombre de hoy, aparece como uno de los promotores del humanismo del siglo XX.

### *Etapas en su evolución ideológica*

El primer contacto con el mundo y la toma de conciencia inicial en Thomas Mann corresponde a los años comprendidos entre 1894 y 1913. Sus obras de juventud<sup>9</sup> comienzan siendo una mezcla de su genio con influencias de las literaturas europeas —Balzac, Maupassant, etc.—; son obras de un artista que culminan, en cuanto a perfección literaria, en la novela que le valió el Premio Nobel, *Los Buddenbrook* (1901), punto cumbre, sin duda, de esta primera época. Le siguen obras igualmente conocidas y admiradas por el público: *Tristán* (1902) y *Tonio Kröger* (1903). A partir de esta fecha se va liberando poco a poco de la preocupación estilista para dejar paso a la reflexión moral.

En 1914 la gran crisis europea marca una nueva etapa que se prolongará hasta 1929. Thomas Mann inicia una serie de es-

<sup>7</sup> LEIBRICH, Louis: *Thomas Mann*. Editions Universitaires, París 1957, p. 21.

<sup>8</sup> Suiza en *Montaña Mágica*; el Próximo Oriente en el ciclo de las novelas de José; EE. UU. es evocado en *Alteza Real*; Italia en *La muerte en Venecia*, *Fiorenza*, etc.

<sup>9</sup> *Decepción*, *El señorito Friedemann*, *Tobías Mindernickel*, *El Armario*, *Camiño del Cementerio* y *Los Afamados*, publicadas todas entre 1896 y 1902.

critos de un matiz fuertemente nacionalista<sup>10</sup> del que también terminará liberándose, considerándolo como una aberración. Nos encontramos en la etapa de sus escritos políticos; la actitud nacionalista deja paso por fin a un punto de vista objetivo y al reconocimiento de los valores de los enemigos de Alemania.

En 1924 aparece su segunda obra capital, *La Montaña Mágica*, cumbre de esta segunda fase, que marca el fin de la crisis producida en el autor por la guerra.

A partir de 1929 comienza una nueva trayectoria en la vida y en la obra de Mann, marcada por una nueva obra monumental, *José y sus hermanos*, que es precisamente la de contenido bíblico, y por lo tanto en la que nos detenemos de un modo especial. Su dirección política ha cambiado totalmente de signo. En la primera y aun en la segunda época, el novelista es consciente de pertenecer a una Alemania decadente bajo el imperialismo de Guillermo, decadencia que intenta superar, pero sin salirse de la misma línea imperialista. Después del gran conflicto europeo comienza a separarse de su posición inicial, y ya en esta tercera fase puede decirse que se ha convertido en un acérrimo defensor de la democracia, liberándose del todo de la ideología decadente, situación que refleja en toda su profundidad la tetralogía bíblica a que nos referimos.

### *José y sus hermanos*

Comenzó a publicarse esta obra en 1933: *Las historias de Jacob* (1933), *El joven José* (1934), *José en Egipto* (1936), y *José el Proveedor*; ésta última apareció en California en 1943 tras una larga interrupción.

El ciclo de las novelas sobre José es la obra de madurez del autor alemán. En ellas, el protagonista —siguiendo las directrices personales del novelista— va evolucionando desde una situación de aislamiento y autocontemplación —los sueños— hasta una fase social, en la que el individualismo egoísta desa-

<sup>10</sup> Sorprende el nacionalismo tan radical de su artículo *Pensamientos de guerra*, aparecido en la revista "Die Neue Rundschau". Forma parte de un manifiesto lanzado el 3 de octubre por 93 intelectuales alemanes.

parece, y el hombre se vuelve hacia la comunidad. De un modo suavemente irónico describe Mann la crisis social e ideológica del país del Nilo como móvil de la educación del joven israelita, así como las intrigas y pasiones de la corte. José experimenta a menudo dificultades en la convivencia con los demás por su autocomplacencia, por el convencimiento de su irresistible fuerza —el convencimiento de Alemania de su propio poder—.

Cuando José se educa, supera los traumas con relación a los demás, y es entonces cuando adquiere la madurez y el triunfo.

El libro primero de la tetralogía, *Las historias de Jacob*, es una especie de introducción a toda la problemática, y termina con la muerte de Raquel. El egocentrismo decadente se presenta con fuerza en la figura de Eliezer, preceptor de José, el cual identifica su persona con su tribu, con sus antepasados, atribuyéndose historias que le han sido transmitidas por antiguas tradiciones, y que probablemente nada tienen que ver con él:

“José le escuchaba con interés, algo extrañado por la forma gramatical que empleaba Eliezer; no le extrañaba que el *yo* del anciano hubiese desbordado los contornos concretos, sino que hiciese una escapada al pasado. Desbordando su propia personalidad, este *yo* se unía a los acontecimientos lejanos que, evocados y repetidos en la clara luz del día, hubieran, en definitiva, requerido más bien la tercera persona que la primera”<sup>11</sup>.

José separará el *yo* de la colectividad, y su pensamiento se servirá ya de categorías más modernas.

La segunda novela, *El joven José*, nos presenta al protagonista con todos sus defectos juveniles: vanidad, orgullo por la predilección del padre y delator de sus hermanos.

En el tercer libro, *José en Egipto*, se narra la historia de José en la casa del Faraón, donde Mut-em-enet, la esposa de Putifar, se enamora de él. Este amor no correspondido constitu-

<sup>11</sup> MANN, T.: *Les Histoires de Jacob*, ed. Gallimard 1935, pp. 105-106

ye el núcleo argumental de la novela. En este momento se hace más patente que en ningún otro la influencia de Freud, tanto en lo que se refiere a la interpretación del sueño de la mujer como en el estudio de las diferentes fases de su morbosa pasión por el joven, que el novelista trata de explicar desde el punto de vista médico-sicológico: a) lucha con la pasión, b) insinuación a José, c) ofrecimiento a él, d) odio y despecho por la negativa.

Thomas Mann pretende demostrar la permanencia del factor erótico y las dificultades sico-sociológicas que puede causar. Para él, el erotismo abarca el campo inmensamente amplio de lo espiritual <sup>12</sup>.

El novelista de *José y sus hermanos* se siente íntimamente de acuerdo con el sicólogo judío, el cual, por medio del psicoanálisis intentará disminuir la tensión y el desequilibrio erótico introducidos en la vida humana. Mann no llega a admitir el pansexualismo freudiano, pero sí hace suyo el intento de liberar al hombre de la angustia en la medida de lo posible por la terapéutica de Freud.

El cuarto libro, *José el Proveedor*, representa una continuación de la lucha —agudizada por la Segunda Guerra Mundial— contra el régimen totalitario. Se hace aquí una interesante descripción de la historia y cultura egipcia, y del sistema administrativo introducido por José en los años de escasez de pan. El joven israelita continúa en la corte interpretando sueños y actuando como escribano personal de presos ilustres. Finalmente tiene lugar el encuentro con su padre y hermanos.

*José y sus hermanos* representan para Thomas Mann las constantes del drama humano de la vida contemporánea, igual que lo fue en la vida de la antigüedad. Utiliza materiales, no sólo de la Biblia, sino también antiguos mitos egipcios y babilónicos. Comprueba que en todos ellos se cumplen las aspiraciones y experiencias de la especie.

En cuanto al fenómeno religioso también intenta demostrar que en torno a él gira la sociología y la psicología de los

<sup>12</sup> Cfr. los casos de anormalidad tratados en *Félix Krull*, *El Elegido*, *La muerte en Venecia*, etc.

pueblos primitivos. El autor acoge en su universo ideológico la idea de la divinidad, y establece su pensamiento sobre el plano de la filosofía, cara a la realidad total: materia y espíritu. Thomas Mann se lanza a una reflexión casi ininterrumpida sobre la *vida*, el *tiempo* y *Dios*, que mana de toda su obra literaria. Para él lo espiritual procede de la vida, y juega un papel semejante al de la realidad material. Esta preocupación metafísica se desarrolla a ritmo creciente desde la piedad tradicional de Jean Buddenbrook hasta las especulaciones de Jacob sobre la existencia y naturaleza de Dios.

En ningún momento llega a pactar el autor con la filosofía del absurdo, con la angustia de lo irracional, a pesar de su sensibilidad respecto al misterio del hombre y del mundo; el misterio de la vida y la incertidumbre de la condición humana se apoyan en una idea fundamental: la existencia de Dios, que se nos presenta por una tradición tan antigua como la humanidad. Podría definirse el humanismo de Mann como un humanismo que no parte de la *existencia* de Dios —la admite como un hecho indiscutible y como una necesidad moral— sino de la *naturaleza* divina.

Después de su tetralogía bíblica, Thomas Mann se entregó a menudo a las conversaciones teológicas con sus invitados. Su teología<sup>13</sup> no parte del dogma del Dios revelado, sino que intenta elevarse a la idea de Dios por vía inductiva, siguiendo las manifestaciones del alma humana. Se trata, no de la génesis de Dios —que sería absurdo— sino de la idea de Dios en un espíritu de buena voluntad inquieto por la salvación del hombre, es decir, una especie de fenomenología de Dios que se revela al hombre en su aspiración hacia el Absoluto.

Otra de las nociones fundamentales en toda la obra de Thomas Mann, reflejada también en *José y sus hermanos*, es la dialéctica del *progreso*, que a sus ojos se identifica con el proceso religioso:

“Si me fuera necesario definir lo que yo entiendo personalmente por religiosidad, diría que es *atención*

<sup>13</sup> Reflejada en el capítulo sobre *Cómo Abraham descubrió a Dios*, de *El joven José*, ed. Gallimard, 1936.

y *obediencia*; atención llevada a las transformaciones íntimas del mundo, a los cambios experimentados por la imagen de la verdad y del derecho. Obediencia que no rehusa a adaptar la vida y la realidad con sus metáforas y sus cambios, a fin de conformarlos a las exigencias del espíritu. Vivir en estado de pecado es vivir contra el Espíritu, es detenerse por inatención y desobediencia en las formas anticuadas y caducas, y continuar viviendo en ellas<sup>14</sup>.

El alma religiosa, para Mann, no es la que se retira del mundo, sino la que contribuye a instaurar en él el reino de la justicia. La religión no es pues algo mágico que ata al hombre y que le impide transformar el mundo por miedo a una especie de dioses celosos de la acción del hombre.

Esta concepción de la realidad, no como un cosmos terminado, sino como evolución, existente ya en el pensamiento hebreo y oscurecida por la corriente platónica, aparece como un *leit motiv* en todas las novelas sobre José.

El conflicto entre progreso y madurez del mundo y del hombre y religión, que a veces llega a ser una obsesión para Thomas Mann en esta obra, no pasa de ser una reacción contra la religiosidad de su época<sup>15</sup>. No ofrece ninguna solución original; intenta identificar religión y progreso, conservando siempre las categorías metafísicas. Serán más adelante algunos teólogos quienes intenten una solución, que difiere mucho de lo expresado por el novelista<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> MANN, T.: *José y sus hermanos*, Etudes éd. Mermod, p. 50.

<sup>15</sup> Estaba formada por tres elementos: la metafísica (Kant), la historia (Hegel) y la interioridad (Schleiermacher).

<sup>16</sup> *Dietrich Bonhoeffer*, teólogo alemán encarcelado y muerto por los nazis en 1945, escribió *Cartas desde la prisión*, fechadas a partir del 30 de Abril del 44, dirigidas a su amigo Bettge. En *Resistencia y sumisión*, ed. Ariel, Barcelona 1971, pp. 158 s. s., donde realiza una crítica de la religión en esta línea, y expone su tesis sobre el cristianismo no religioso.

*Gogarten*, siguiendo en parte a Bonhoeffer, hace una crítica de la religión aún más radical que éste, apoyándose en la idea de evolución, de progreso, de transformación del mundo.



*Las Tablas de la Ley*

De esta última etapa literaria de Thomas Mann es una narración breve aparecida bajo el título *Los Diez Mandamientos*, que forma parte de un conjunto de novelas de distintos autores: Sigrid Undset, Jules Romains, Frank Werfell, etc. y se publicó en EE. UU. en 1943. La intención de esta obra es polémico-moral: exponer dramáticamente el desacato a los preceptos sináuticos en la Alemania de la época<sup>17</sup>.

El relato de Mann lleva consigo la misma problemática que hemos analizado en la tetralogía sobre José.

La estructura de la obra es narrativa y dispuesta en veinte capítulos sin título; su estilo ágil y rápido en la acción destaca a la vez la profundidad psicológica de los caracteres, tanto de Moisés como del pueblo, admirable protagonista colectivo. Como si se tratase de una sola persona, la colectividad refleja en cada momento los estados de ánimo, la esperanza, la consternación y el temor ante las normas restrictivas de Yahvé. El tema es conocido: la vida y actuación de Moisés desde su nacimiento hasta la teofanía del Sinaí. El autor no pretende una rigurosa exactitud con el texto bíblico de Ex 2<sup>1</sup> ss., y hace a Moisés hijo de padre israelita esclavo y de madre egipcia, la hija del Faraón. Es muy probable que esta interpretación esté tomada nuevamente de Freud, el cual se cuestiona sobre el posible origen egipcio de Moisés<sup>18</sup>.

Mediante esta interpretación, Thomas Mann justifica una serie de acontecimientos ocurridos en la vida del legislador de

<sup>17</sup> Esta obra sirvió de inspiración a otra del mismo título y estructura, encargada a diez escritores alemanes por el Departamento de Literatura RIAS-Berlín, entre los cuales se encuentran: Heinrich Böll —Premio Nobel de Literatura en 1972—, H. Eisenreich, W. Weyranch, etc. Aquí no encontramos un tema concreto, una idea eje en torno de la cual giren todos los relatos; se trata de un breve repaso de la sociedad alemana actual, y se detiene especialmente en algunos aspectos sociológicos sobre el “mundo del trabajo”, tema que en los años posteriores a la guerra no tuvo apenas cultivadores.

<sup>18</sup> FREUD, S.: *Escritos sobre judaísmo y antisemitismo*, Alianza Editorial, 256, Madrid 1970.

Israel<sup>19</sup>, así como también explica la misión que le fue encomendada por Yahvé<sup>20</sup>.

De igual manera que el José de la tetralogía, Moisés en *Las Tablas de la Ley* es un ser individualista que va evolucionando hasta una entrega total a la colectividad, a un servicio desinteresado a su pueblo. La causa de sus fracasos se deben al individualismo y autosuficiencia —nueva imagen de Alemania— ya que actúa por sí mismo consciente de su propio valer, si bien afirmando que lo hace en nombre de Dios:

“Cuando decía a los israelitas que Jehová el Invisible los prefería entre todos, atribuía a la Deidad lo que acaso fuera así, pero que con toda seguridad era su propio sentir: es decir, que él, Moisés, tenía predilección por el pueblo de su padre”<sup>21</sup>.

En esta primera etapa de inmadurez estaba obsesionado por formar un pueblo fuerte y puro —nueva alusión política—, precisamente porque él no lo era:

“Siendo joven mató a un hombre, de esta manera supo, mejor que el inocente, que si matar es hermoso, haber matado es lo más terrible, y que debe estar prohibido matar. Era sensual, y por lo tanto, le atraía lo espiritual, lo puro, lo sagrado...”<sup>22</sup>.

Lo mismo que en el caso de José, Moisés evoluciona en su madurez al final de la misión:

<sup>19</sup> Por ejemplo, su salida de Egipto con el pueblo. El motivo que mueve al Faraón a permitir la salida no sería el temor al Dios de los hebreos, sino un chantaje del mismo Moisés: revelaría su origen, su condición de nieto ilegítimo del Faraón.

<sup>20</sup> “Precisamente porque sólo llevas la mitad de su sangre eres el hombre indicado para trabajar por ellos y por mí... porque si estuvieras más cerca de ellos, si fueras uno más entre ellos, no los verías como son, y no podrías ayudarles”. (*Las Tablas de la Ley*, Ed. Planeta, Barcelona 1968, p. 158).

<sup>21</sup> Ob. cit. p. 105.

<sup>22</sup> Id. p.103.

“¿Por qué has puesto sobre mí, Señor, esta carga que no puedo sobrellevar?... ¿Cómo es que me veo aquí, llevando en mis brazos a este pueblo?... Yo sólo tengo la mitad de esta sangre, la de mi padre. Te suplico que me dejes y permitas vivir, que me dispenses de esta tarea...”<sup>23</sup>.

Finalmente, como el mismo autor indica a propósito de esta obra<sup>24</sup>, se trata con ella de llamar a los hombres de hoy a escuchar el mensaje transmitido a los israelitas, válido también para este tiempo de guerra, lucha y prevaricación:

“...Bien sé yo, y Dios mejor todavía, que sus mandamientos no serán obedecidos, y que siempre se faltará a ellos. Más todo aquel que infrinja las divinas leyes de ahora en adelante, sentirá que se le hiela el corazón, porque la ley está escrita en su sangre y en su carne, y sabrá que su Palabra tiene valor.

Pero maldecido será el que se levante para decir: ¡Ya no tienen validez! Maldecido será el que os enseñe: ¡Sublevaos y libertaos de ellas, mentid, robad, matad, prostituíos, deshonrad a vuestro padre y a vuestra madre, libradlos al cuchillo y cantad loas a mi nombre porque yo os proclamo vuestra libertad! Maldecido será quien os presente un becerro y os diga: ¡Aquí está vuestro Dios. En su honor haced todo eso y danzad una nueva danza en torno suyo!... porque el sagrado vínculo entre Dios y el hombre ya no se puede romper, porque es inviolable. La sangre correrá a mares hasta que desaparezca el rubor de las rojas mejillas de la Humanidad, pero ya no habrá remedio, porque será eliminado. “Y yo levantaré mi pie —dice el Señor— y arrojaré al blasfemo al pantano, hasta el fondo de la tierra, a ciento doce brazas de profundidad, y hombres y bes-

<sup>23</sup> Id. p. 158.

<sup>24</sup> En *Appels aux Allemands*, trad. de Pierre Jundt, Ed. Martín Flinker, pp. 152-154.

tias contemplarán en torno al sitio donde lo habré hundido, y los pájaros del cielo se alejarán de él, cobrando altura para no volar por encima. Y quienquiera pronuncie su nombre, deberá escupir a los cuatro rincones de la tierra, y se limpiará luego la boca y dirá: ¡Dios nos libre! Que la tierra vuelva a ser la tierra, valle de lágrimas, sí, pero no pozo de inquietudes”.

Decid todos: ¡Amén!

Y el pueblo entero dijo: “Amén”<sup>25</sup>.

<sup>25</sup> MANN, T.: *Las Tablas de la Ley*, ed. Planeta, Barcelona 1968, pp. 179-180.